

Versaciones de un chupaplumas

Nota preliminar



Le dije que exageraba. Que yo nunca...

Me había pedido años atrás y al cabo de unos



cuantos sin vernos que le hiciese un favor de suma importancia para él, y ahora — quiero en realidad decir entonces, cuando nos encontramos y estuvimos hablando del asunto —, una vez hecho el favor, me reprochaba no sé qué deslealtades y me culpaba de haber traicionado nuestra amistad.

Entonces fue cuando le respondí exageras, y él con muy malos modos replicó no exagero en absoluto.

– Claro que sí. Lo que pasa es que cada cual recuerda las cosas como le conviene.

– ¿Me conviene; me reporta algún tipo de felicidad o beneficio el recordarlas como fueron?

– ¿Cómo fueron?

– Lo sabes perfectamente.

– Eso es verdad; con tanta claridad que te cuento si quieres, punto por punto y palabra por palabra, qué pasó y de qué hablamos.

Y como se quedó callado mirando el cenicero con gesto hosco, di por hecho que asentía y empecé a hablar, desde el principio; desde el principio aunque — entendiendo que había supuesto igual que yo que, no teniendo ya temas comunes de que hablar después de tanto tiempo, nos limitaríamos a cruzar algunas frases huecas en aquella acera abarrotada de la Carrera de San Jerónimo y seguir cada cual nuestro camino — me salté el saludo y un par de trivialidades referentes al tiempo, por cierto, muy lluvioso.

– Tampoco te contaré — dije —, puesto que tú mismo podrás recordar un cenicero lleno y dos paquetes de tabaco vacíos iguales que estos —, que nos habíamos equivocado los dos.

Omití asimismo que al cabo de un rato recibiendo empellones de los que caminando con prisas y paraguas abiertos proferían improperios o algún seco perdón dedicándonos miradas hostiles, ahí estábamos: sentados a una mesa de un Coffee Shop y departiendo, amigablemente, como cuando éramos amigos inseparables.

– Y, como entonces — hablé al fin, contemplando recuerdo las partículas de polvo suspendidas en un rayo del sol, cegador casi, de aquella mañana de verano radiante —, tu conversación giraba en torno a lo que había girado siempre. Y como entonces yo trataba de seguirla

Versaciones de un chupaplumas

Nota preliminar

preguntándome, como me había preguntado siempre, por qué era precisamente a mí a quien elegías sabiendo que en una cuestión tan importante para ti, y que tan por completo te absorbía, jamás había podido ayudarte.

– Porque, vamos a ver — te preguntabas, le dije, me decías, angustiada ante la amenazante impavidez del papel en blanco; lo cual era un desperdicio lamentable porque mi sensibilidad fue siempre nula hacia el lenguaje literario — ¿Qué puede escribir alguien a quien ni gusta la novela ni sabe abordarla, ni se considera capacitado para escribir un ensayo ni, menos aún, posee los conocimientos suficientes de alguna materia como para que no lo paralice el pudor a la hora de exponer y desarrollar cualquier tipo de teoría?

– ¿No te gusta la novela, después de toda la vida intentándola?

– Por eso precisamente: estoy harto. No sé abordarla, termino de decírtelo; he empezado varias y me pierdo, no sé estructurar un argumento... divago, me confundo...

– Pues con ese panorama lo tiene chungo alguien — dije, mirando distraído las botas mojadas de una joven, con vueltas de piel —; pero si ese alguien no se puede quitar de la cabeza el ser escritor, a mí me parece que la novela no puede ser muy difícil.

– Eso es lo que tú te crees — Gruñiste.

– Pues el ensayo — sugerí, y traté de animarte —: El ensayo no puede resistírsele demasiado a alguien que como tú sabe enlazar frases hábilmente, y plasmar sensaciones o sentimientos de forma en cierto modo filosófica, pero accesible y muy cercana...O eso oí asegurar alguna vez a amigos, de esos que entienden...

– No.

– No te digo un tratado sesudo; sólo un ensayo.

– Que no.

– ¿Por qué?

– Porque... — Recapacitaste un momento y, entornando un ojo, preguntaste —: ¿Cuánto se ha escrito en torno a Don Quijote, por ejemplo?

– Mucho, supongo.

– Muchísimo — Abundaste — ¿Pero para decir qué?

– Ya sabes que yo...

– Pues cosas tales — hablabas mirando, con cierto interés, a la joven de las botas; que estaba dando un beso en la mejilla a un hombre — como que estaba loco.

Él no recordaba ese detalle.

– Sí, algo he oído.

Versaciones de un chupaplumas

Nota preliminar

Aunque resultaba difícil de creer porque había comentado «demasiado viejo para ella».

– ¿Y que tenía una visión distorsionada de la realidad?

«Puede ser su padre», sé que dije. Pero si él estaba decidido a no recordar no valía la pena mencionarlo.

– Un poco vagamente, pero sí.

Cuando, además, la chica no tenía el aspecto de ir dando besos por ahí a tipos mayores que no fueran su padre y él se mostró de acuerdo; e incluso agregó que o su tío o un amigo de siempre de la familia.

– Y que era tonto porque dejaba que todo el mundo se riera de él.

» Una vez llegué a escuchar por la radio — me contaste — cómo un psiquiatra explicaba muy razonadamente y muy cargado de argumentos que lo que le pasaba es que tenía no sé qué dolencia extrañísima, llamada trastorno bipolar».

Aquel hombre, no había más que verlo bien plantado y con su traje azul charlando tan campante, no padecía ningún trastorno.

Y que si no era para troncharse de risa.

Pero que nunca, sin embargo, se había dicho algo tan sencillo y tan obvio como que un buen día, don Alonso Quijano, cansado de su pueblo, y de su sobrina y de su ama y de una vida gris en la que no iba a ocurrir ningún milagro que lo sacara de su tedio, decidió que el milagro iba a hacerlo él, y que se iba a comportar en adelante — pesara a quien pesase y costárale a él mismo todos los brazos rotos que pudiera costarle, dijo — como si aquellos molinos de viento fueran gigantes. Y como si aquella moza robusta y zafia que olía a ajos fuese una criatura celestial.

– Cabe la posibilidad — admití.

Y cuando volví a mirar el hombre seguía allí, pero la chica se giraba, como si terminase de darle un beso en la mejilla, y echaba a andar hacia la puerta...

– ¿Sólo la posibilidad?

O de decirle algo al oído.

...pero se volvió a medio camino haciendo gestos y el hombre preguntó qué pasa.

¿Un secreto, tal vez?

Y que qué tenía él que perder.

– Nada — dijo ella —: que estoy tonta.

¿Consistente en qué?

Y que se dejaba el paraguas.

– ¿En qué podía dañarlo a él...

– En nada, supongo.

Versaciones de un chupaplumas

Nota preliminar

»... dañarlo a él — y la miraba, con cara de mira, se va, qué lástima ¿Cómo podía, alguien que hacía apenas un rato había presumido de recordar en condiciones, no conservar ni rastro de memoria de cómo le había llamado la atención aquella chica? — ser objeto de las burlas de los duques si salía a cambio indemne su fortaleza, su férrea voluntad de no claudicar ni avenirse a confesar al mundo que todo estaba siendo fruto de una decisión tomada por él y que eran ellos, todos los demás, los que bailaban al son que él, y no ellos, estaba marcando?

» O ahí tienes, si no, qué le dijo a Sancho tras la aventura de Clavileño: “Sancho, pues vos queréis que se os crea lo que habéis visto en el cielo, yo quiero que vos me creáis a mí lo que vi en la cueva de Montesinos; y no os digo más”.

» No, de don Quijote jamás se mofó nadie.

» ¡Y dicen que estaba loco!

» Nadie en el mundo ha conocido a otro nadie tan cuerdo.

» ¿Algún otro ser humano ha tenido los arrestos que él tuvo para defender contra viento y marea y hasta el último instante de su vida su derecho a ver el mundo como más le agradara aunque el precio fuese un poquito de desprestigio personal y alguna magulladura en el cuerpo?

– A mí — bromeé — me gustaría tenerlos. O nada más la falta de cobardía suficiente para levantarme un día por la mañana y, al encarar a mi vecina en el descansillo...

– ¿Aquella gorda, brutota, que cocinaba tan bien?

Y aunque no era ya la misma, por no andarnos perdiendo en cuestiones de la vida real de índole práctica la di por buena y dije imagino.

– Imagino, porque cuando salgo a mediodía del ascensor se me hace la boca agua... espetarle con perfecta naturalidad... pues, qué sé yo...

– Que está sencillamente preciosa con esa pamelita con caireles.

– ¡Eso! Sería delicioso encontrarse con alguien tan encantador cada mañana y luego — me entusiasmé —, en el despacho, pedir con mucha convicción al ordenanza...

– ¿Continúas en el ministerio?

– ¿Y dónde si no?... un ramo de petunias y, cuando me trajese el expediente número 27.314: “¡Gutiérrez, que esto son gladiolos!”.

» Y me limito a un par de insignificancias por no hablar de cuál podría ser mi sentir o cómo mi forma de encarar mi cada día tedioso — recuerdo que confesé con amargura — si tuviese el valor necesario para mostrarme ante los demás con una sonrisa que en nada dejase traslucir ninguna, grande o pequeña, de las frustraciones que me aquejan.

Versaciones de un chupaplumas

Nota preliminar

– ¿Es tan difícil comprender algo tan simple? — preguntaste, volviendo a lo tuyo.

– No lo sé — contesté, siguiendo a lo mío.

– Pienso que lo que pasa a veces es que ciertos eruditos vanidosos, en su afán porque no pueda decirse que vaya guarrería de eruditos que no tuvieron nada que decir ni ninguna idea brillante ni novedosa que aportar, terminan por lanzarse a afirmaciones que, si se parasen a pensar sólo un poco, se darían cuenta de que son del todo ridículas... ¡Trastorno bipolar! ¡Don Alonso Quijano tenía trastorno bipolar!

» ¿Cómo puede alguien que no sea su propio creador saber cualquier cualidad, o característica, buena o mala, grata o ingrata, defecto o virtud, del personaje de ficción al que dio vida?»

Y repitió en tono burlón (o despectivo) “¡trastorno bipolar!”, y que ya puestos a desbarrar — riéndose, y se lo recordé — por qué no también juanetes o almorranas o...

– ¿Eso dije?

– Exactamente.

Pero no se acordaba.

– ¿Y qué más?

– Creo que dijiste caspa.

– No. Que qué más dije.

– Que no. Te dije y por qué no lo escribes y tú dijiste que no, rotundamente; que sería entrar en el terreno del ensayo y el ensayo era un género pedante y pretencioso que no te seducía ni pizca; pero yo, ¡necio de mí!, insistí en mis forcejeos.

– ¡Yo sí que fui necio!

Le sugerí que dejásemos por el momento de avaluar nuestras necesidades respectivas y continuásemos con que él siguió en sus trece.

– Tú seguiste en tus trece de que no; y yo, en los míos de quererte animar: «Pues vuelve a la novela» ¿o no fue así?

– Ya te he dicho que no — insistió.

– «Tú sabrás, claro», te contesté — dije pensando que una mujer ni muy joven ni demasiado agraciada, a la que miré por casualidad, tenía los brazos demasiado gordos para llevar una camiseta de tirantes —; pero que la novela parecía... ¡para alguien, naturalmente, a quien guste escribir y sepa hacerlo!, un género bastante asequible.

– ¿Eso crees?

– Bueno... es verdad que desde fuera todo se ve diferente, más sencillo, pero considerando que en la novela puedes escribir lo primero que te pase por la cabeza...

Versaciones de un chupaplumas

Nota preliminar

– ¿Lo primero?

– ¡O lo segundo —repetiendo lo que le había contestado entonces —; si es que te empeñas en poner pegas!

» Lo que quiero decir es que no exige disponer de documentación compleja, o difícil de recopilar, y que no hay que preocuparse de que los datos que se manejan concuerden con alguna realidad...

– Tienen que concordar — objetaste — con “alguna realidad”; para que puedan ser reconocibles, e interesar a alguien.

– A lo que me estoy refiriendo es a que, puesto que suelen ser ficticios, inventados... ¡A menos, claro, que pongas que América fue descubierta en 1527!

– ¿Por qué no?

– ¡Joder...!

– Siempre cabe el recurso de echar la culpa a un personaje: se lo haces decir a él y te podrás lavar las manos, llegado el caso, alegando que está mintiendo, o equivocado o loco... El problema no es ese.

– ¿Cuál es entonces?

– Pues...

Y le relaté cómo había hecho una pausa larga, al cabo de la cual preguntó cuántas novelas había leído yo en toda mi vida.

– En realidad, pocas. Dispongo de poco tiempo para leer y...

– «Terminas de quejarte de ser un oficinista aburrido» — dando a mi voz el mismo tono teñido de acritud con que él me lo recordara —. Y agregaste «No es tiempo lo que te falta».

– «Eso es cierto». Y porque, no te lo negaré, me molestó lo de oficinista aburrido, decidí sincerarme.

– Lo recuerdo. Me contestaste que lo que en realidad ocurría es que no las soportabas. Y que te gustaría que alguien te explicase por qué quien muy posiblemente no soportaría a un amigo, o a un pariente, toda una tarde llorando en su hombro y haciéndolo depositario de sus cuitas, dedica gustoso, esa misma tarde u otra idéntica, a leer un mamotreto de setecientas páginas.

– Fue, verdaderamente — admití avergonzado —, una contestación un poco grosera para darla a alguien que, bueno...

– Alguien que llevaba toda la vida obsesionado con la idea de escribir aunque fuera nada más un folleto de veinte o treinta, ¿verdad?

– Sí, y lo lamenté en seguida. Pero tu reacción fue tan...

– La que fue “tan” fue la tuya. Te pusiste colorado, y querías que te tragase la tierra.

– Es que...

Versaciones de un chupaplumas

Nota preliminar

– Pero fue un impulso, una especie de arrebató. No me supe dominar... o, que pudiera ser, decidí vengarme y...

– Te pusiste de pie, muy decidido, y con aspavientos teatrales y a grandes voces empezases a clamar «¿Hay entre los presentes, por ventura, alguien que quiera explicar a mi amigo por qué quien muy posiblemente no...

– ¡Pero los hubo!

– Oh, sí; los hubo...

– Y no sólo entre los presentes. Que también entre familiares y amigos de la concurrencia... Acuérdate.

– ¡Por supuesto que me acuerdo! Y hasta entre algunos de los transeúntes apresurados.

– Oh, sí. Sin que faltara, justo es decirlo — rio —, quien echando mano del móvil se ofreciese a «un momentito, puedo preguntar a mi esposa».

» Pero es que también yo me sentía culpable — retomando el tono serio —, y pensé que... bueno, que buscar quién aclarase tus dudas podía ser una forma de hacerme perdonar lo del oficinista...

– Ya. Y yo, en mi azoramiento — no es algo que recordase como algo especialmente divertido, pero también yo intenté reír —, deseando que me olvidasen y regresara cada cual a sus asuntos, no hice más que embrollar la situación al tratar de arreglarlo con, de pie, como si estuviera dando un mitin: «¡Lo que quiero decir es que por qué se sobrelleva con agrado la exposición detallada de alegrías y tragedias de un o una desconocido o desconocida que no importa y causan, sin embargo, tanto hastío la dicha o la aflicción de alguien a quien se supone se conoce y se protesta que importa o, incluso en ocasiones, que se le o se la tiene cariño!».

– «¡Bueno!» nos apresuramos a replicar todos excepto, que la eché de menos por cierto, la esposa del transeúnte apresurado pese a que, muy amable desde el móvil, había abandonado momentáneamente la tarea de rebozar unos boquerones que se disponía a freír para la cena: «¡Esa pregunta se parece mucho a la anterior!»

Alborozados y todos a la vez — contaba —; a coro, pugnando por ser cada cual el primero en dar la mejor respuesta; como colegiales que, habiendo apenas hincado los codos, vislumbran la posibilidad de sacar un aprobadillo aunque sea por los pelos.

– Terminé sin embargo por concluir, por mi propia cuenta y sin pararme a considerar cuántas molestias estaba causando total para nada — lo que no recuerdo es si, olvidados de todo lo demás, nuestras voces habían ido subiendo de tono —, que parece deducirse que lo que en realidad ejerce

Versaciones de un chupaplumas

Nota preliminar

fascinación sobre el receptor de lo que se está narrando es concretamente el hecho de que se lo presenten encuadernado y en letra de imprenta.

—Y proclamó, puesto en pie, que la encuadernación y el ISBN convierten, por lo visto, un cotilleo de más o menos postín en literatura y, «¡todo el mundo lo sabe!» mirando a todo el mundo y mirándolo todos de hito en hito — terció la voz de un hombre —: «¡La lectura acrecienta el acervo cultural de quien la practica mientras que escuchar a un amigo o a un conocido o a un pariente contar sus cuitas frente a un café y un cigarrillo es una lamentable pérdida de tiempo a la que hay que resignarse si no se quiere ser tildado de arisco o de huraño o de intratable!».

— ¿Quién es usted? — pregunté al hombrecillo calvete y en mangas de camisa a rayas que, levantando la vista del crucigrama que estaba rellenando, elevó su tono sarcástico de entonces por encima de las voces de antaño que con su frenético parlotear permitían, apenas, que nos llegase, metálica y remota, una voz femenina que repetía una vez, y otra, y otra más: «¡Anselmo!».

Pero no había nadie, entre los que diseminados en pequeños grupos disertaban sobre el porqué del sí o del no, que diese muestras más o menos fiables de ser Anselmo.

— ¿De qué está hablando? — le insistí.

—La cosa se vuelve — o se volvía, entonces, dijo, sin responder a mi pregunta mientras deposita con parsimonia el bolígrafo en el bolsillo superior de su camisa — más llevadera, cobra un punto de interés... según usted y algunos de su cuerda, cuando, ese amigo que nos habla... «Frente al café y al cigarrillo de antes», dijo usted, «por no andar acarreado bártulos para cambiarnos de escenario; que aquí total estamos bien», engalana su tristeza o su contento

— ¡Anselmo!

Pero Anselmo o no estaba o no la oía.

» o su adversidad o su ventura — continuó — incorporando a su relato un otro pariente o amigo, o simple conocido o tiránica amante u odioso enemigo, que va y viene y dice y hace y gesticula y que es, ni más ni menos, el personaje que con sus actos y sus gestos y sus ires y venires, y con su qué dijo y su cómo lo dijo y en qué entorno y en qué circunstancias lo dijo, le ha dado a nuestro interlocutor el disgusto o la alegría tan grande que nos está contando, ahí, delante de un café que se ha quedado frío y un cenicero lleno de colillas.

— ¡Anselmoooo!

» Sin que nadie le respondiera, entusiasmados todos con la acalorada discusión en que se quitaban unos a otros la palabra y «si en la peripecia,

Versaciones de un chupaplumas

Nota preliminar

amigo mío — estaba diciendo una mujer con bufanda — no hay personas concretas, con su relación específica con nuestro interlocutor y provistas de caras y gestos y actos; lo que está ocurriendo podrá ser más o menos conmovedor, sí, claro, pero resultará, salvando las distancias, el equivalente a un documental; infinitamente menos apasionante que Lo que el viento se llevó, por poner por caso».

– ¿Está seguro de que dije todo eso? — le pregunté, incrédulo, con la mirada fija en las uñas rojas que, desesperada porque Anselmo la ignora, aprovechando que nadie la ve se está pintando.

–Tras la incorporación — “prosiguió”, continuó, y dijo que sin hacer yo más pausa que la suficiente para beber un sorbito de agua — nuestro interlocutor no es ya un hombre o una mujer insignificante y pusilánime y latoso sino un protagonista, y el amigo o pariente o simple conocido, o tiránico amante u odioso enemigo que lo hizo feliz o desdichado ha dejado de ser el “nadie” a quién desconocíamos hasta hace apenas un momento para transformarse de súbito en alguien, un “alguien” que está ahí, siendo ya inevitablemente un personaje que nos trasmite sensaciones y nos despierta sentimientos, aquí, en nuestro presente.

– ¡Anselmo! — sujetando el auricular con la barbilla contra el hombro.

» Y que además — abundó el amigo de la de la bufanda —, lo que cualquiera nos pueda contar que le contó un amigo, llorando y moqueando y malamente en una sobremesa lacrimógena, nos lo glosará el escritor, a las mil maravillas y aderezado con sus puntos...

»– Exacto; y con sus comas —la mujer —, como Dios manda».

– Pero...

– ¡Ans...

– ¡Cállese! — me increpó, airado, cerrando el cuaderno de crucigramas —. Aunque nada más es, de momento —volvió, en tono más suave, a su perorata —, un personaje secundario; claro ¡Pero secundario nada más — alzando gradualmente la voz...

– ¡Anselmo — cambiándose el auricular de hombro —, por favor! Silencio.

...que va adquiriendo un matiz dramático — hasta que quien nos lo cuenta y presenta y describe lo revista de tanta importancia que termine por eclipsarlo a él mismo y... Bueno, pues allá él, *yo me iré desentendiendo poco a poco de ti y prendándome paulatinamente de sus encantos, incluso — fijate que te lo estoy advirtiendo...*

– ¡Anselmo, que no te lo repito!

Versaciones de un chupaplumas

Nota preliminar

...con tiempo, dijo, mirándonos entornando los ojos con dureza; luego no me vengas con nuevos lloros y, todos estos, señalando alzando la barbilla despectivo al resto de los clientes, con reclamaciones — aunque se trate del malo o de la mala!

– Anselmo... — cerrando el frasquito del esmalte — ¡Mira que cuelgo!

– «Pero aun así, y no porque un hipotético personaje haya proferido la amenaza de arrebatarnos al ser amado o simpatizar con quien detestamos; que sólo era una suposición y además no hay que exagerar porque es evidente que se trataba nada más de una advertencia — “intervino el camarero”, tercia mi amigo, continuando con el relato del hombre que ahora hace suyo mirándome fijamente, como si las palabras que pronuncia hubieran sido entonces más, “que moviéndose diligente por el local con su bandeja en alto evita, sin pretenderlo, que pese a que se le nota, a mi amigo, francamente alterado y me da pena echar más leña al fuego, sucumba yo al impulso de encararme con él diciéndole que ni a ellos ni a mí tiene que advertirnos de nada; que ninguno somos un escritor frustrado incapaz de saber encauzar nuestro talento” —, sigue sin ser lo mismo».

–Ni caso, Anselmo — colocándolo, junto a las tiritas y el dentífrico, en el armarito del baño — ¡Es desesperante!

– ¡Eso no es cierto! — exclamé, poniéndome indignado en pie y dando un puñetazo en la mesa; francamente ofendido.

–Oh, no claro — ella —: a ti no te lo parece.

–No, no lo es lo mismo, ciertamente — metió baza una señora que, dijo el calvete mientras ponía yo de pie la silla que al levantarme tan violentamente derribé sin querer, de espaldas apoyada en su carro de la compra jugando a la máquina tragaperras, habló en tono muy alto por encima del hombro, sin volverse —; sigue sin ser no ya lo mismo, sino que... ¡ni remotamente parecido a lo que te podría contar una portera!

» – Como que no se puede comparar — exclamó, en nombre ahora al parecer de un tipo delgado al que describió someramente sin que yo lograra recordarlo ni mi amigo prestara atención, mientras se ponía en pie consultando el reloj, apoyando a la del carro — la diferencia en expresividad, en color, en lujo de detalles, con sus puntos y sus comas...

» – Muy cierto — dijo que asintió la jugadora, enrollando su cuaderno de crucigramas empezando a caminar hacia la puerta—: Además, cualquiera de ustedes no tiene más que ver que los que se autodenominan lectores empedernidos consideran de mal gusto chismorrear con las porteras.

Versaciones de un chupaplumas

Nota preliminar

– Eso es verdad — replicó una señora que abanicándose permanecía de espaldas, sin apartar la mirada de la televisión, que estaba puesta —: Si quieren ustedes estar al tanto de la vida y milagros de los del cuarto tres, pongamos por caso, nadie se los contará mejor que mi portera. Pero mi chico el mayor dice que eso no es literatura.

– ¿Ves, Anselmo, cómo...

– ¿Se puede saber — se oyó una voz entre la multitud de allá — quién leches es Anselmo?

– ¿Sí? — se llevó al fin el transeúnte apresurado el teléfono a la oreja.

– Me dijiste, Anselmo — me llegó desde allí a la memoria, emergiendo un poco apagada por el ruido de la moto de un repartidor de pizzas, o por el de la tragaperras, o por el de la televisión del local que estaba transmitiendo un partido de fútbol o un concurso, a través del móvil del marido la voz de la señora de los boquerones, quejumbrosa —, que la pregunta era de literatura...

– Anda, pues era un concurso — escuché sorprenderse rascándose el pecho cubierto de vello entrecano a un hombre fornido que, decepcionado, sacó unas monedas del bolsillo de su zamarro y arrojó, sobre el mostrador, el importe de su consumición porque... ¿qué hacía él allí si no iba a tener ocasión de gritar gol a su equipo?

» llevo media hora intentando decírtelo; de literatura, Anselmo, y ahora me encuentro con que voy a hacer el ridículo porque resulta que es de cine; cuando tú sabes que no sé ni una palabra de cine porque tú no me llevas nun...

Y Anselmo apagó el móvil, contrariado.

–O no lo es, al menos, en la opinión aquí entre nosotros del hijo mayor de esta señora y allí entre ustedes en la de aquella otra jugando a la máquina tragaperras apoyada en su carro de la compra — dijo el hombre, que con una mano ya en el picaporte de la puerta alargó el cuaderno de crucigramas con la otra, enrollado, sobre el mostrador —, para una «persona culta, sensible, inquieta, conocedora de que la misión que el ser humano ha de cumplir a lo largo de su vida consiste no en morir como nació sino enriquecido por el conocimiento que le va a proporcionar el estar al tanto de qué está ocurriendo en el mundo»... ¿No es cierto?

–Es que mi chico — adujo la del abanico — es de pocas palabras.

– «O por el prestigio de que lo va a adornar...— apostilló, “¿no, amigo?”, alzando la voz hacia el que salía un hombre con sombrero de paja a quien estaba limpiando los zapatos un limpiabotas, de los que ya no se llevan; mas como el calvo siguió su camino sin hacerle caso, chascó la

Versaciones de un chupaplumas

Nota preliminar

lengua, suspiró y, tras un resignado “en fin, lo diré yo” suspiró nuevamente y prosiguió —: el poder decir que ha leído un libro de tal o cual autor».

Que lo dijo, más o menos en estas palabras y mientras el teléfono de un tal Anselmo sonaba insistentemente aunque este se hacía el loco, uno que terminaba de entrar y se notaba, por su desenvoltura, que era asiduo del establecimiento. Cualquiera de ustedes que estuviese allí lo recordará.

– O que ha visto... a mí es que me gusta mucho el cine, pero la situación era muy violenta porque se notaba que no quería contestar — terció un señor con el cuello flaco y la nuez muy marcada, vestido con un traje milrayas que le quedaba grande —, una película de este o aquel director... Sí señor; y pidió un tinto.

– Por no hablar de lo muy fortalecido y seguro de sí mismo — dijo otro señor, más corpulento, con camisa de seda y un pantalón claro, que aseguraba haber sido testigo de cómo Anselmo dejaba sonar el móvil sin inmutarse — que saldrá de la empresa si pese a las advertencias no se deja amilanar y sigue adelante, gimoteando y dando la vara y llorando en el hombro del amigo o pariente o...

– ¿Estamos hablando, perdone — se interesó el limpiabotas —, del que contaba su vida sin color ni detalle ni puntos ni comas?

– ¿A usted qué le parece? — Replicó el interpelado, que inflando el pecho añadió —: o tiránica amante u odioso enemigo... ¡Pues claro!

Y soltando una densa nube de humo, azulado, de su cigarro puro, puntualizó cargado de suficiencia que es que las mujeres, sobre todo las esposas, son muy pesadas «Pero yo tengo un amigo que estaba allí que es notario; y era aguardiente».

– Yo — el del cuello flaco — es que sólo veo las del oeste y alguna de gásteres; pero, si usted lo dice...

– Pues a mí — pasando el encargado, hombre ya entrado en años, un paño húmedo por el mostrador —, que lo que me iba por entonces... o lo que dije al menos que me iba tal vez porque a los jóvenes les gusta dar la nota, era el drama psicológico y cuando vi la fotografía de aquella señora me pareció muy joven y muy guapa aunque bastante triste, nadie me quitará de la cabeza que pidió un poleo menta.

– ¿Seguro? — el corpulento.

– Tristísima... «A mí, en cambio — “la de la tragaperras”, dijo, dando por zanjado el asunto de la consumición con lentas pasadas de su paño húmedo sobre el mármol blanco —, esa clase de drama ni me lo nombre; desde que vi aquello quité las cortinas y puse una mampara».

» – Eso es Terror — “dijo un señor con corbata y cartera”, decía colocando ahora el paño estrujado y doblado a su mano derecha, “que debía

Versaciones de un chupaplumas

Nota preliminar

de ser el amigo de este caballero”, señalando con la barbilla al del traje claro.

– Pánico, sí; horroroso — la que miraba la televisión —. Pero, además — abriendo su abanico con enorme brío —, “drama psicológico”.

– ¡Pero el notario precisó que se estaba refiriendo al género! — puntualizó un anciano menudito dando la razón al encargado porque, en efecto, «la esposa de aquel tal Anselmo era, aunque sólo la vi en blanco y negro, una mujer preciosa».

– ¡Pues como la vimos todos! — la de la tele.

– Ah — dice el corpulento —, pues no sabía...

– Eso es porque no serían tan amigos — mordaz el de la nuez.

– O por guardar el secreto profesional — el limpiabotas.

– Verás como se acaban los anuncios — refunfuñando sola la de la tele — sin que explique nadie por qué estaba triste.

– No sé... — dice; apartando a un lado los papeles y hundiéndose los dedos entre el pelo con expresión cansada —; pero esta situación no conduce a ninguna parte.

– Un poco complicada — tengo que reconocer aunque me pese — desde luego sí que está.

– ¿Sólo un poco?

– O algo más que un poco — rectifico —; si es lo que quieres.

– ¡No es lo que quiero, como comprenderás!

– Lo que quiero decir...

– Evidentemente no es lo que quiero, pero... — sacude la cabeza y emitiendo un pequeño bufido echa mano del paquete de tabaco; pero lo encuentra vacío y — ¡por favor! —, a la camarera, alzando el brazo, una chica muy joven, de ojos bonitos aunque regordeta, un poco culoncilla.

– ¿Deseaba algo?

– Sí: la máquina, tabaco, dónde está por favor...

Ella dice no hay, pero dígame que tabaco quiere y yo se lo traigo. Y él contesta Winston.

» ...siempre — estrujando con amargura entre sus dedos la cajetilla vacía —, indefectiblemente, como una maldición, me pasa igual ¿Te acuerdas que te lo dije?

– Sí, pero no será para tanto — Minimizo — Lo que ocurre es que hoy estás un poco deprimido, a lo mejor.

– Sí, claro ¿Pero ¿cómo no deprimirse cuando uno ve que hace las cosas con... sin, sin prácticamente ningún criterio?

– Algún criterio tiene que haber, seguro, por más que esté permaneciendo... cómo te diría: soterrado u oculto.

Versaciones de un chupaplumas

Nota preliminar

– ¡Y tan oculto!... Muchas gracias — tomando el nuevo paquete de manos de la camarera —. Tanto que... — mirándolo fijamente como esperando que las grandes letras rojas sobre fondo blanco le vayan a desvelar algún enigma —, y fíjate que me gustaría saberlo... ¡Pero déjalo!

– ¿El qué?

–No, nada... — se encoge de hombros tirando del precinto del tabaco — salvo que, digamos, las letras son blancas sobre fondo rojo. Pero ya te digo: déjalo.

– ¿Seguro?

–Oh, sí: Míralas...

–No me trates como a un idiota — digo, con cierta dureza — ¿Qué es lo que te gustaría saber?

–Por qué te enfad...

– ¡No me enfado!

–Por qué te enfadaste.

–Ah ¿Yo? ¿Me enfadé?... ¿Cuándo?

–Pues... cuando tiraste la silla, y todo eso.

–Cuando tiré la silla; sí — recuerdo y, sin pararme a reflexionar, respondo «¡Pues vete tú a saber!».

– ¿Te das cuenta? — Apuntándome con el cigarrillo que se dispone a encender —: ¡Eso es lo malo!

Eso es lo malo porque lo que él quiere es una explicación convincente, incontestable, a la que ni el más exigente de los lectores que rastrean minuciosamente el texto buscando incoherencias o contradicciones le pueda sacar la menor falta; y no encontrará paz ni sosiego, ni podrá dormir tranquilo, padeciendo además unas jaquecas horribles, mientras no la tenga.

– Pues... Verás: yo pensé por ejemplo y si te apetece que aquel hombre, el de los crucigramas, estaba insinuando que yo te había... algo así como “traicionado”, ¡sólo supuestamente, desde luego!, de algún modo.

– Eso... — con lentos cabeceos afirmativos — podría ser una justificación aceptable.

– ¡Joder; no me irás a tocar las pelotas! — casi rujo, mosqueado.

– Claro que no. No te pongas grosero...

–Es que... hay que joder... Porque, digo yo — se me ocurre plantearle, a bocajarro —: Yo a ti algún cariño te tendré, ¿o no?

–O deberías tenérmelo — bromea ahora —; teniendo en cuenta que nos conocemos desde niños y que, si bien es verdad que cuando nos hicimos mayores nuestras vidas siguieron rumbos muy diferentes, y nos

Versaciones de un chupaplumas

Nota preliminar

distanciamos, no hay que perder de vista que los afectos de la niñez arraigan mucho...

—Y considerando, además, que no tengo — también yo me animo a bromear —, como muy bien sabes, ni parientes ni amigos...

—... ni tiránica amante no odioso enemigo — ataja diligente —; sí, ya lo sé. Pero ahora estoy hablando absolutamente en serio y lo que quiero es...

—Comprendo — replico, con amargura —: que no te cuente mi vida.

—No... No, no, no, no — rechaza, de plano, espachurrando en el cenicero el cigarrillo que acaba de encender —. Tu vida me interesa enormemente, porque eres mi amigo. Y porque eres mi amigo y yo quiero estar a la altura de tu amistad, que aprecio mucho y tengo en gran estima, voy a corresponder depositando en ti mi confianza al pedirte que, por favor, sí me traiciones.

—Oh, no, por favor — respondo —; pídeme otra cosa, pero no eso.

—Es que — argumenta en tono suplicante — lo que necesito es precisamente eso.

—No, querido amigo — me resisto —; no puedes esperar de mí, tu amigo de toda la vida, que me comporte de un modo tan infame. Sería una iniquidad.

— ¿Qué iniquidad? — exclama, en tono en verdad tan suplicante que me siento mezquino — ¿Qué tonterías estás diciendo? ¿Dónde estaría el daño que pudieras causarme si sería en beneficio mío; tu amigo del alma de la infancia y que ha confiado siempre en ti, sin la menor reserva? No, créeme: lejos de causarme daño alguno llevarías la paz, el sosiego, a mi espíritu atribulado.

— ¿Y qué pasa conmigo: que no importo?

— ¡Cielo santo; pero si importas muchísimo! ¿O es que olvidas que yo jamás podré desterrar de mi recuerdo que has sido tú, siempre, la persona que ha estado junto a mí en los momentos difíciles; la que me ha acompañado y dado aliento en situaciones tan adversas como la pérdida, no hará más de un par de meses y en plena juventud, de mi querida esposa que Dios hubo, sin duda, ¿de acoger amoroso en su seno porque era un dechado de bondad y donosura?

— ¡Cielo santo! — Me duelo, compungido; y le pregunto — ¿A qué viene torturarse de ese modo?

—No me torturo; es que el dolor de mi corazón atormentado es muy grande.

—Y quieres que te acompañe en esa empresa, ¿verdad? ¿No comprendes que con la indignidad que me propones también a mí me

Versaciones de un chupaplumas

Nota preliminar

dolerá el corazón, sí, y estaremos así juntos en el tormento, sí, pero me sentiré yo tan ruin, tan mezquino y despreciable, que el no poder alzar mis ojos a ti por causa de la vergüenza hará que nos sintamos tan lejanos y tan solos que el sacrificio no habrá servido para nada?

—Me empieza a parecer, mi caro amigo, que lo que a ti te pasa es que o mal eres un cínico o, peor aún, un cobarde.

—Es injusto — protesto en tono entre afligido y enérgico — que me acuses de tal cosa. Estoy dispuesto y tú lo sabes a hacer por ti no importa qué sacrificio; pero una traición, esa traición que me pides me parece, la verdad, un abuso... ¡Por tu parte, evidentemente!

— ¡Ah, muy bonito: va a resultar ahora que el malo voy a ser yo!

—Pues sí — y sé que estoy hablando con sequedad —; para decirlo claro.

—Está bien — y enciende un nuevo cigarrillo, mostrándose ahora enérgico —: falta a la palabra que diste a mi pobre esposa, cuando te rogó en su lecho de muerte que no me dejaras de tu mano y me brindaras en todo momento tu protección «porque éste, tú bien lo sabes», dijo, pasándote amorosa la mano por el pelo con sus últimas fuerzas, «como siempre ha sido un inútil no va, sobre todo en el tema de Camelia, a saber desenvolverse».

— ¡Camelia, no!

— “¡Camelia, no!” ... De acuerdo, la decisión es tuya; falta así pues a la palabra que diste a una pobre moribunda, si es lo que quieres.

— Es que — intentando hacerlo entrar en razón — yo con Camelia nunca...

— Ya. Siempre le has tenido una cierta antipatía.

— ¡No, en absoluto!

— ¡Pues entonces...!

— Lo que pasa, verás, es que le encuentro... no sé, tal vez un carácter voluble, algo desconcertante...

— ¿“Inmadura”?

— “Inmadura”; eso es.

— ¿Y no te has parado un momento a pensar cómo te sentirías de orgulloso si con tu buena industria sentara la cabeza?

— No seas tramposo... ¡Sólo me quieres adular!

— ¡Vamos — suplica —: hazlo por mí!

— De acuerdo — me ablando al fin, aun con hartos pesar —; acepto, pero...

— ¡Eso es un amigo! — y me propina un muy afectuoso palmetazo en el hombro, con la cara radiante de júbilo.

Versaciones de un chupaplumas

Nota preliminar

Luego me mira y pregunta «¿Pero “qué”?».

Yo le contesto «Pues...»

Y como dice que me explique:

– ¿Por qué? — pregunto.

– ¿Cómo “por qué”? — se escandaliza, y dice “¡pero si terminamos de hablarlo!” y que —: pues porque eres mi amigo del alma de toda la vida, y porque tienes toda mi confianza...

– No, hombre, ya: si eso sí... Lo que quiero saber es el motivo; que necesitaré uno... ¿O no?

– Bah, eso — con un encogimiento de hombros — es algo muy secundar...

– ¿Cómo “secundario”? — Pongo el grito en el cielo —: El móvil es vital, imprescindible, in...

– Pues no sé si te va a apetecer — replica, pensativo —, pero a mí se me ocurre que... ¿Te enfadarás?

– ¡Qué me voy a enfadar!

– La envidia.

– ¿Qué envidia?

– La que le tiene que tener por fuerza un chupatintas aburrido a un escritor con mundo... Creo yo.

– ¡Estupendo! — Le contesto.

Es decir “le contesté”, claro. Francamente contento e indescriptiblemente agradecido de que él, mi amigo, un escritor tan prestigioso, me concediese el insigne honor de invitarme — a mí, un insignificante oficinista, un tipo gris absolutamente mediocre — a representar, aunque nada más fuese en la ficción, el papel de su alter ego.

Y pletórico de dicha emprendí el camino hacia mi casa apretando contra mi corazón palpitante el manuscrito, imaginando que desde aquel mismo momento — había mirado el reloj al colocar el capuchón al bolígrafo y había visto que eran las once y cuarto — todo iba a ser distinto y yo un hombre por completo diferente e infinitamente más seguro de sí (bueno, de “mí”), menos cobarde, más emprendedor, más capaz de enfrentar los sinsabores y contrariedades que depara el cada día.